

# El grito desilusionado de Mariano José de Larra

A Gustavo Fabra  
In Memoriam

Lourdes Ortiz

**S**I hubiera que definir el espíritu romántico al modo y manera a que nos ha habituado la jerga psicológica, nosotros propondríamos la inclusión, entre los muchos que ya contienen los manuales, de un nuevo complejo, el complejo de Hiperión. Todo complejo se caracteriza por unos específicos rasgos y los del que proponemos están dados de una vez por todas en un personaje de Hölderlin, ese Hiperión (1) eternamente insatisfecho, que ama y cree en la libertad, que sueña nuevos mundos idílicos y se refugia en el arte, el amor y la amistad cuando el bello sueño que creyó poder realizar en hermosa comunidad de los hombres sobre la tierra se desmorona y ante él sólo queda la rapiña sin límites de los que creía sus correligionarios, la esclavitud y la sumisión vivida como forma de existencia y la pazguatería ramploña de un rebaño que se compone de «artesanos pero no de hombres, de pensadores pero no de hombres, de jóvenes y adultos pero no de hombres». Ese Hiperión al que Diotima escribiría: «La impotencia sin límites de tus contemporáneos te habrá costado la vida». Complejo de Hiperión o mal de siglo, como se llamó entonces, que aquejaría a toda una generación a la que se denominó romántica y que vuelve a afectar a tantos y tantas jóvenes de nuestros días, tan cercanos en su desencanto a los Byron, los Hölderlin, los Herzen, los Espronceda y los Larra.

(1) Elegir la figura de Hiperión como representativa del movimiento romántico no es un gesto gratuito. Se ha hablado muchas veces de la influencia de obras como el *Werther* en los románticos y en su concepción del amor. Lo sorprendente del «Hiperión» de Hölderlin es que siendo una obra escrita en el año 1795, es decir, mucho antes de la aparición pública de las primeras obras propiamente románticas, prelude no sólo los sentimientos sino incluso las actitudes de toda una generación. Hasta el hecho de elegir la causa griega como campo de lucha revolucionaria anuncia gestos como el de Byron y un sentimiento general que se propagaría en Europa hacia 1820.



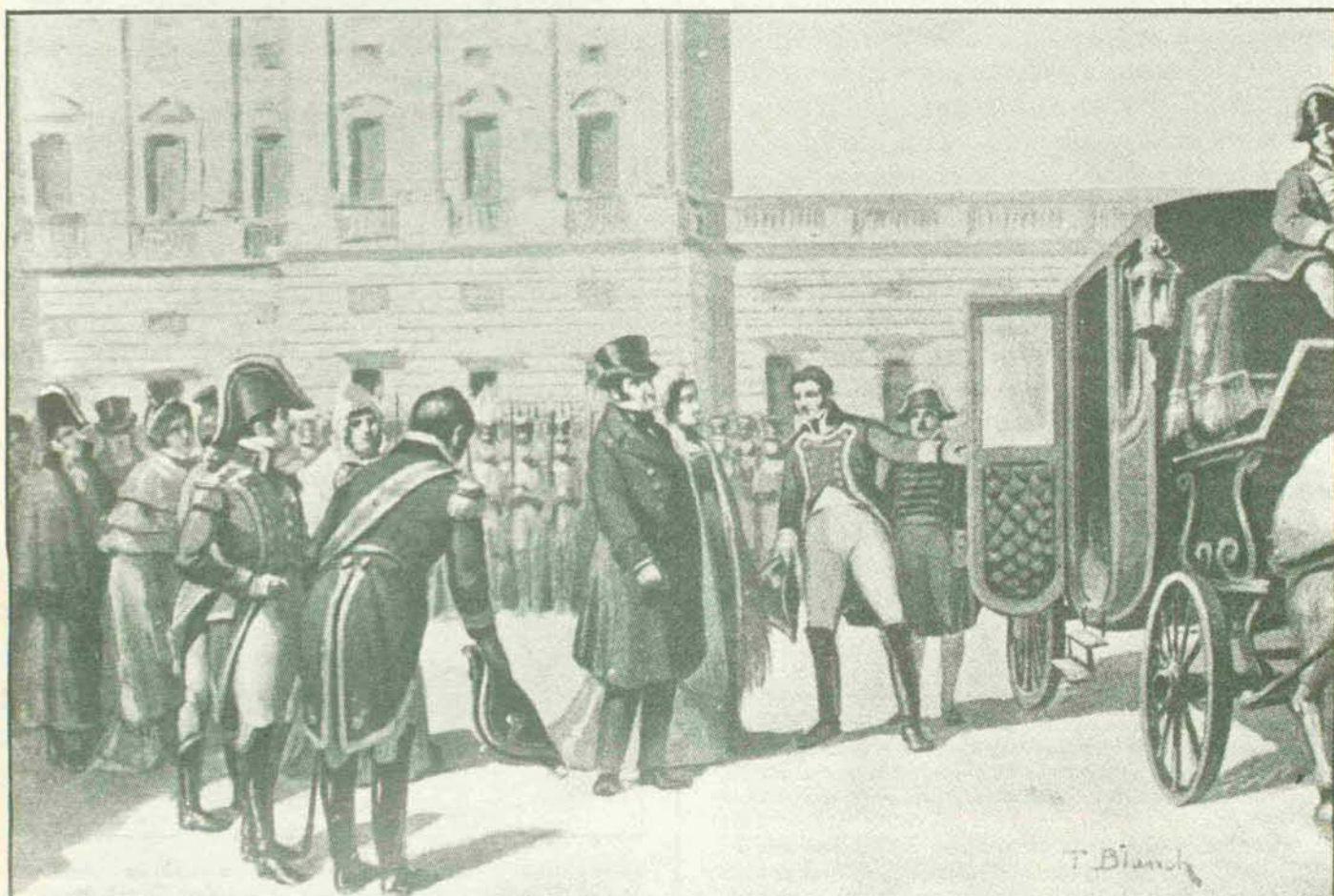
Larra se quitó la vida porque la sociedad que le rodeaba, el mundo en que vivía, era lo bastante sórdido como para ahogar toda esperanza. Sobre ese mundo, sobre esa sociedad, surge el grito desilusionado de Mariano José de Larra, cuyos trazos físicos nos vienen dados por esta litografía de J. Gutiérrez.

**P**ORQUE el Romanticismo fue un movimiento europeo, como también fue europeo en aquel momento el desaliento de una generación que nacía precisamente cuando el ideal de libertad que había imaginado e intentado construir la generación anterior se vino abajo. La Francia de la Revolución, aquel sueño de fraternidad que había movilizad o tantos impulsos, se había convertido en la Francia apergaminada de la Restauración, mientras en el resto de Europa, la Santa Alianza y el absolutismo seguían imponiendo el bozal de la tiranía sobre millares de bocas que habían aprendido a callar y conspirar. Las fallidas intentonas revolucionarias de 1830 y 1848 supusieron, por un lado, el renacer de la esperanza y la movilización para

la lucha e, inmediatamente después, la renovada decepción ante el ascenso al poder de una clase tan egoísta y tan dispuesta a mantenerse en el mismo como la antigua nobleza desterrada.

Byron moriría en Missolonghi combatiendo por la causa griega en vez de derramar lágrimas de sangre como Hiperión ante el Eurotas cuando vio traicionados sus ideales por sus mismos compañeros, pero el ideal de rebeldía que les azuzó a la lucha era el mismo. Larra no tendría una muerte tan gloriosa, pero sus lágrimas ante la España de su época se parecían mucho a las que, casi al mismo tiempo, derramaban en París y Londres tantos jóvenes polacos, rusos, griegos, que habían huido de sus países para escapar de la

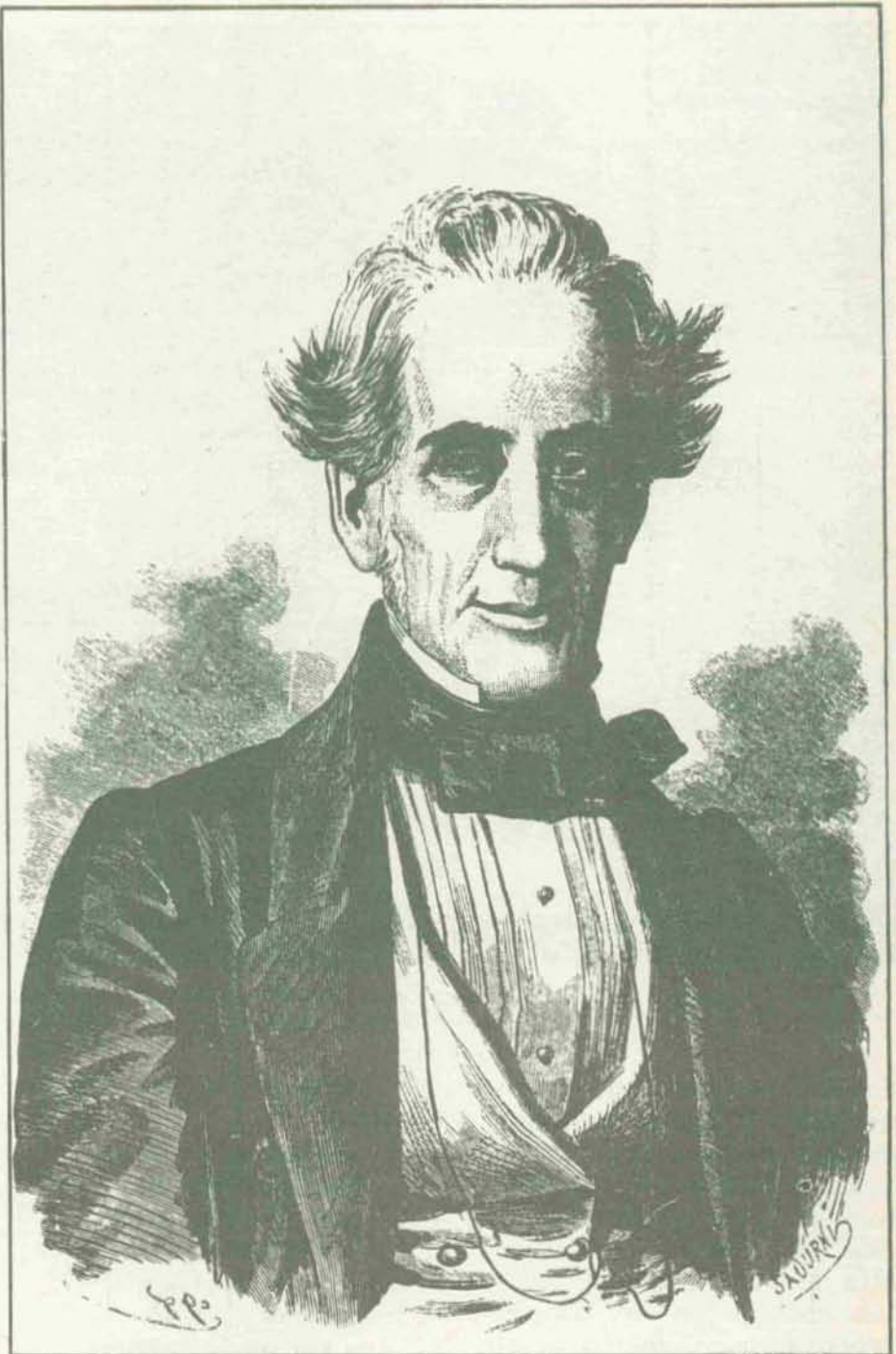
opresión secular y se encontraban ante la imagen de una Francia burguesa y acomodaticia que había traicionado los ideales de la Revolución del ochenta y nueve. Por eso también el grito de Larra y el de todos aquellos afectados por lo que hemos designado como complejo de Hiperión, se parece al grito desilusionado de una juventud que ya en el siglo XX creyó y luchó por otro sueño revolucionario, llegando en el último tercio del mismo a la constatación demoralizadora de que las cosas van demasiado despacio, las revoluciones no parecen tarea de un día y, la mayoría de las veces, lo que se había tomado por liberador se convierte en una forma distinta de opresión recubierta de nuevos ropajes. El suicidio de Larra, como la impaciencia revolu-



Vivio con tanta intensidad Larra la alegría de los tres años de la intentona liberal, como el triste regreso de Fernando VII al absolutismo y a las prácticas oscurantistas. (El pintor Blanch reflejó así el traslado del «Deseado» desde Madrid a Sevilla el 20 de marzo de 1823).

cionaria de Herzen o de Byron, nos son tan próximos porque también hoy podríamos decir con frase de Larra: «La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y palabras; de suerte es imposible... Me inclino a creer que el hombre variará de necesidades y se colocará en una escala más alta o más baja; porque en cuanto a su felicidad nada habrá adelantado», frase desalentadora producto de su implacable lucidez, de su hábito de concebir la sociedad como un espectáculo, como un drama donde cada individuo, oculto tras una gruesa máscara, representa con más o menos habilidad un papel. El pesimismo radical de Larra, su desconfianza absoluta en la naturaleza humana, le llevaron a afirmar la imposibilidad del progreso: «Fígaro no hizo al mundo como es, ni a variar el corazón humano alcanzarán todas las reformas del mundo». Pero la esperanza se renueva y, por encima de todas las decepciones y desalientos, en las propuestas más radicales contemporáneas, en la denuncia que se hace hoy de la sociedad del espectáculo, se percibe como posible y como meta una sociedad sin máscaras, una sociedad donde el hombre alcance al fin esa felicidad que la sociedad montada sobre la explotación y la tramoya le arrebató.

Larra creyó también, en una primera etapa, en esa sociedad armónica; los vaivenes de la política de su tiempo y su creencia en la posibilidad de que se produjeran cambios reales en corto plazo, le desengañaron. Pero el desánimo no tenía por qué ser la salida obligada: Hiperión, tras las heridas recibidas en la batalla, descubrió la importancia fundamental de la naturaleza en la que se integraba y, tras la vida sin vida de sus contemporáneos, supo captar la

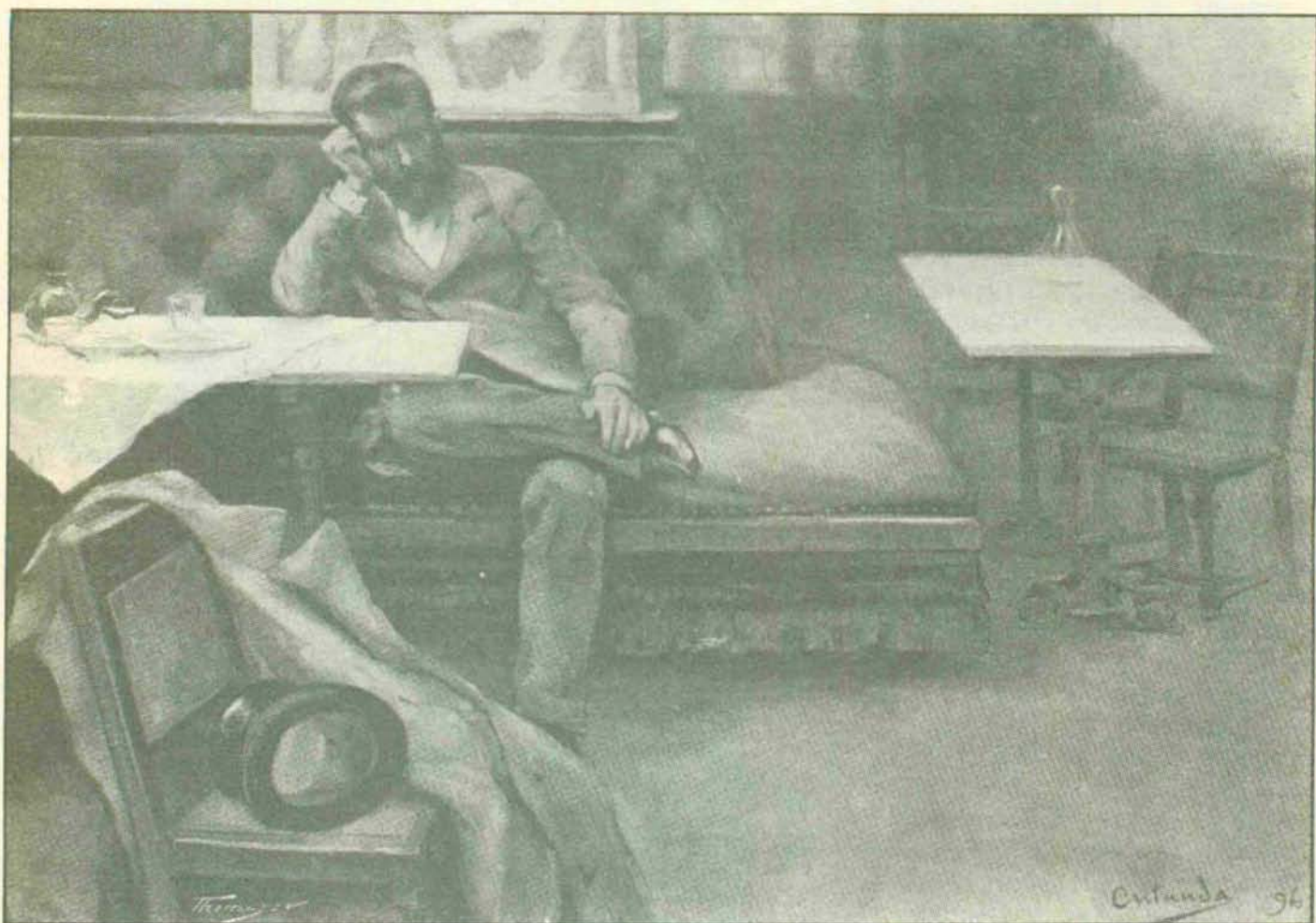


La visión crítica de Larra pronto le llevaría a comprender que los Martínez de la Rosa —en la imagen—, los Mendizábal y los Calatrava, aquellos doceañistas de antaño que volvían del destierro, no eran sino la reproducción del sistema de gobernar ya conocido y sufrido.

transcendencia de una libertad irrenunciable y de un goce indestructible en la fusión con el todo. Larra no fue capaz de dar ese paso. La pérdida de su Diotima, su Dolores Armijo, le despojó de las últimas agarraderas.

Se ha discutido mucho la influencia que tuvo el fracaso amoroso en el suicidio de Larra. La versión trivial, acuñada en el siglo XIX, que pre-

tendía reducir la causa a la decepción amorosa, ha sido ya suficientemente descartada. La reciente obra de Buero Vallejo, tan minuciosa en la cronología y en la visión histórica, no hace sino incidir en una tesis ya muchas veces repetida: Larra se quitó la vida porque la sociedad que le rodeaba, el mundo en que vivía, era lo bastante sórdido como para ahogar toda esperanza.



«Me inclino a creer que el hombre variará de necesidades y se colocará en una escala más alta o más baja: porque en cuanto a su felicidad nada habrá adelantado», escribió Larra. La somnolienta sociedad en que le tocó vivir, bien puede quedar simbolizada en este grabado de la época.

El anhelo de libertad romántico (anhelo que se ha interpretado muchas veces erróneamente como ruptura bohemia con las formas de vida tradicionales, como postura elitista y literaria) tenía que chocar con las formas opresivas de un sistema social basado en la explotación y en la ignorancia, en la tortura y en la más ofensiva desigualdad. Por un mundo diferente y fraterno lucharon los románticos. La disputa entre liberales y serviles era, en el corazón de hombres como Larra y el indómito Espronceda, la apuesta por una sociedad diferente —no alienada, diríamos hoy— donde el hombre fuera al fin libre y recuperase su autonomía. Por eso Larra, que había visto arrastrar por las calles de Madrid el cadáver de Riego, tras haber cantado

con exaltación las estrofas de su himno:

**«Honor al caudillo,  
honor al primero  
que el cívico acero  
osó fulminar.  
La Patria afligida  
oyó sus acentos  
y vio sus tormentos  
en gozo tornar...»**

Larra, que vivió la alegría de los tres brevísimos años de la intentona liberal y que sufrió después el regreso de Fernando VII y el absolutismo; Larra, que tuvo que aprender a callar y a escribir de forma que sus lectores pudieran entender entre líneas, se convierte en crítico de la sociedad de su época. **El Duende satírico del día, El Pobrecito Hablador, Fígaro** —seudónimos bajo los que se refugió en su vida de periodista— fueron

incansables vigías que cumplieron la única función lúcida que ha de cumplir un revolucionario en una sociedad que no le gusta: la función crítica, la crítica negativa, como diríamos hoy recogiendo el concepto propuesto por la Escuela de Franckfurt.

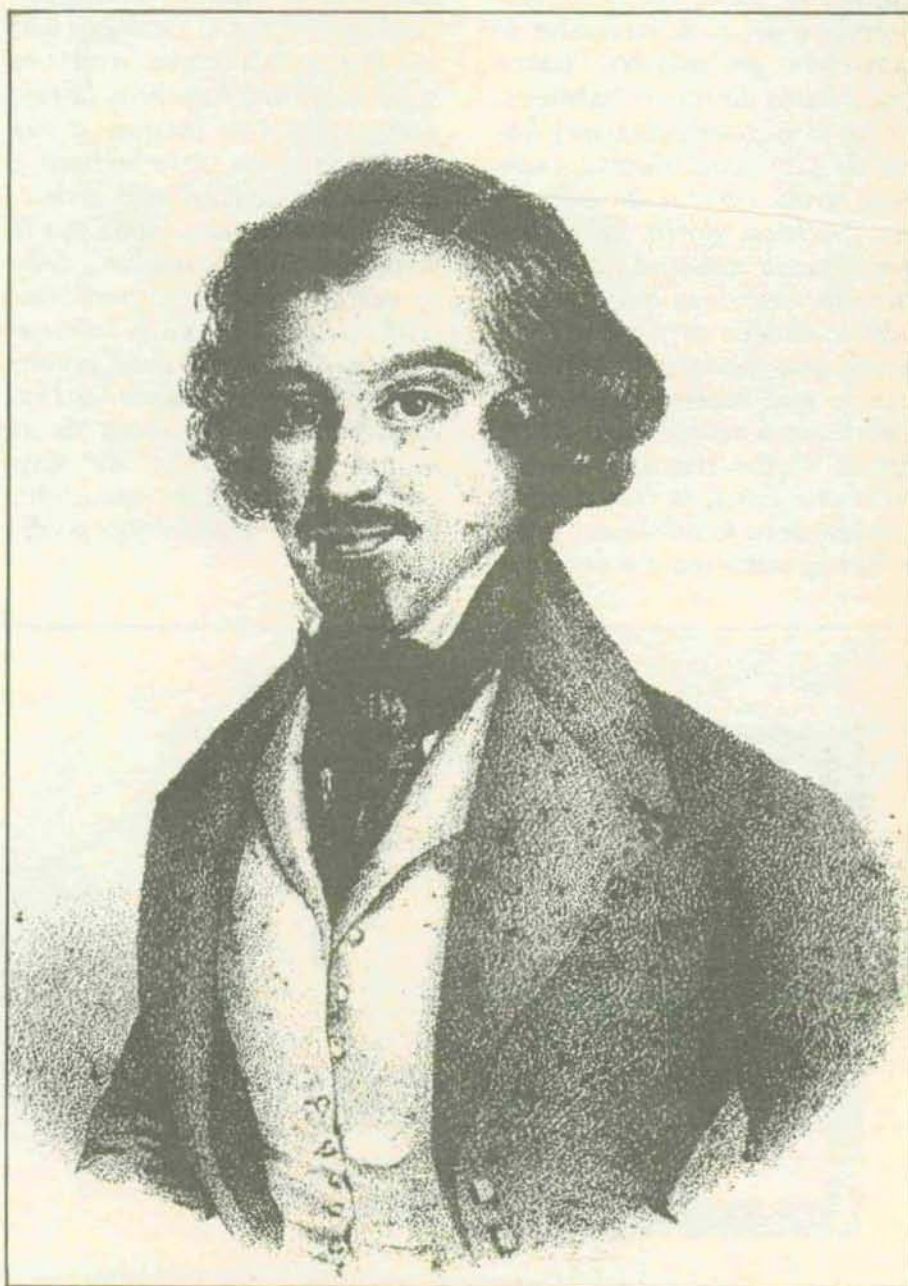
Las tiranías descaradas, las dictaduras, al dejar demasiado al descubierto sus lacras y desmanes, permiten, de algún modo, que en el corazón del crítico y del revolucionario germine la esperanza de que todo concluya al producirse un cambio. Por eso, de nuevo, la experiencia de Larra es tan próxima a la nuestra. El absolutismo sin freno de Fernando VII, la estulticia brutal de Calomarde, tan evocadoras para nosotros de otros absolutismos y otras estulticias, hicieron creer a Larra que se

produciría una modificación de la situación de su país cuando fueran sustituidos los que detentaban el poder y los liberales reemplazaran a los serviles. Pero pronto su visión crítica le lleva a comprender que los Martínez de la Rosa, los Mendizábal y los Calatrava, aquellos liberales de antaño, doceañistas de pro, que regresaban con la aureola de la persecución sufrida y con la corona de martirio que su prolongado destierro les había deparado, no eran sino la reproducción de lo ya conocido: la sociedad española volvía a ser una triste representación en la que los nuevos detentadores del poder con modos más modernos, más europeos, a la manera del rey burgués francés, perpetuaban la explotación y el control del resto del cuerpo social. Es entonces cuando Larra se derrumba. A lo largo de los tres años que siguieron a la muerte de Fernando VII, Larra en sus artículos se debate entre la esperanza y el desánimo, desánimo más definitivo porque la vida política seguía mostrando el juego de un poder egoísta y arbitrario y ¡ya no había enfrente dictador a quien culpar y con cuya muerte soñar! Por eso decíamos al comienzo que la decepción de Larra es muy similar a la de Herzen y otros revolucionarios ante el fracaso sucesivo de las revoluciones del 30 y del 48. Historiadores y sociólogos nos han dicho después reiteradamente que ambas fueron revoluciones progresivas porque suponían un avance de la nueva clase revolucionaria, la burguesía. Pero la sociedad de libertad por la que los románticos luchaban no se parecía en nada a esa sociedad surgida del movimiento revolucionario. Luis Felipe y los que le rodeaban no eran ya el zar y la nobleza, pero su dominio y su control

seguían siendo tan despreciables como los del Antiguo Régimen.

Es entonces cuando, a veces, como le pasó a Larra, el crítico social se desmorona, cuando reniega de la sociedad y busca en el otro, en el amor, el refugio para su soledad, ante la presencia agobiante de un corazón «ebrio de deseos y de impotencia» que se ha convertido en un sepulcro: «¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letreiro! ¡Aquí yace la esperanza!». «Del incendio he salvado,

como una divinidad doméstica, tu imagen con su sentido celeste», le escribía Hiperión a Diotima, pero la Diotima de Larra no acudió a la llamada. El rechazo de Dolores Armijo no fue así, como se ha dicho tantas veces, la gota que colmó el vaso de agua. En aquel momento, Dolores era para Larra todo el agua del mundo. La muerte de Diotima no podía destruir a Hiperión porque, al salvarse de la batalla en que buscara la muerte, comprendió la importancia de



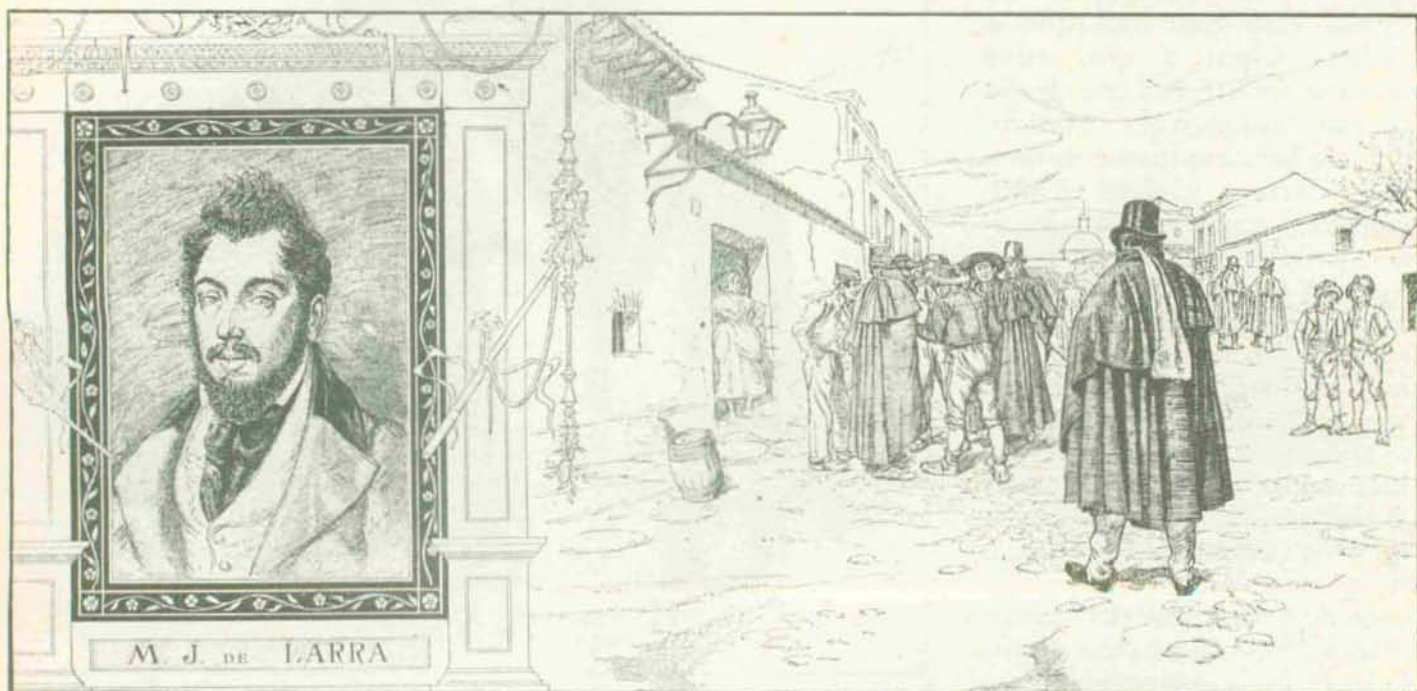
La disputa entre liberales y civiles era, en el corazón de hombres como Larra o el indomito Espronceda —al que vemos—, la apuesta por una sociedad diferente, donde el hombre fuera por fin libre y recuperase su autonomía, su verdadera entidad como ser humano.

existir, de ser uno con la naturaleza, de ser libre con una libertad irrenunciable y única que ningún gobierno ni tiranía podría arrebatarse. Las balas que la propia mano dirige contra la sien son siempre más certeras que las balas del enemigo, y Larra no pudo escapar a la muerte buscada como escapó Hiperión. Quizá, si hubiera fallado hubiera podido escribir como él: «¡Oh alma, alma! ¡Belleza indestructible! ... Tú existes... ¡Todo nace del deseo y acaba en la paz!». Hölderlin, en cualquier caso, terminó volviéndose loco. A Nietzsche le ocurriría lo mismo. Larra poco antes de morir había escrito: «*Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia, política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad y amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices*», grito que podemos resumir con lo que escribió el propio Larra para referirse al Antony de Víctor Hugo: «... *Es el grito que lanza la humanidad que nos lleva la delantera, grito de desesperación al encontrar el*

*caos y la nada al final del viaje*». Pero ignoraba que no hay viaje, ni final. Ignoraba, cosa que aprendió el propio Víctor Hugo, que su fuerza radica en él mismo. Su lucha denodada contra todo aquello que perpetúa el reinado de muerte sobre la tierra, su sarcasmo ante cada nuevo montaje y cada nueva mentira, debieron haberle bastado para seguir adelante.

No es cómoda la posición del crítico social en la sociedad del espectáculo, pero el mismo Larra con su pluma indomable había entendido cuál podía ser el camino: «*El escritor público que una vez echó sobre sus hombros la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos, debe insistir y remitir a la censura tres artículos nuevos por cada uno que le prohíban; debe apelar, debe protestar, no debe perdonar medio, ni fatiga para hacerse oír; en último caso debe aprender de coro sus doctrinas y, convertido en imprenta de sí mismo, propagarlas de viva voz; sufrir en fin la persecución, la cárcel, el patíbulo si es preciso*».

Por eso, su deserción final y su decisión de abrir la caja amarilla que contenía las pistolas, no aparece ante nosotros como una claudicación. Su suicidio fue su espaldarazo crítico, su último **no me gusta**, su último artículo en blanco ante la parodia y ante la indiferencia de los batuecos. Podríamos reprocharle el no haber sido consecuente con unas palabras escritas poco antes de ese 13 de febrero en que se quitó la vida: «... *Y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, q.D.g. (como oro en paño) y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (q.D.h.) si algo le queda por haber*». Porque la función revolucionaria del crítico social es continuar siendo, cuando todo parece oponerse, la conciencia vigilante, aquella que no calla por muchas amenazas o bombas que se le enfrenten. Larra murió, pero nos quedan sus escritos y ellos cumplen aún esa función de crítica revolucionaria. ■ L. O.



El suicidio de Larra significó su último «no me gusta», su último artículo en blanco ante la parodia y la indiferencia de sus contemporáneos. El gran periodista (aquí en un dibujo de J. L. Pellicer tomado de «La Ilustración Española y Americana») acabó desertando de una lucha imposible.